

tico de Napoleón, un Ramolino, que á pesar del cambio de gobierno, había conservado su empleo de director de Hacienda en Ajaccio. Venía á visitar al Emperador y regalarle un caballo, que, menos dichoso que su dueño, se había ahogado al sacarlo del brique.

Con ayuda de todas las embarcaciones disponibles, mandó el Emperador remolcar el buque hasta el puerto para ponerlo á flote.

El *Inconstant* era el único lazo de unión entre Elba y el continente, el único buque de armamento bastante para que el Emperador pudiera intentar la fuga, con probabilidades de éxito; y si se considera que en este mismo buque embarcó con rumbo á Francia un mes más tarde, advertiremos de cuán frágiles hilos penden los acontecimientos humanos. Si el buque se hubiese estrellado contra un arrecife, ó si la tempestad lo hubiera deshecho antes de poderlo remolcar al puerto, se quedaba el Emperador sin barco á propósito para transportar su exigua cohorte é indefenso en caso de ataque. Durante el tiempo que tardase en substituir al *Inconstant*, bajo supuesto que Europa lo consintiese y no se aprovechase de la ocasión para bloquear la isla, podrían sobrevenir nuevos sucesos que diesen diferente orientación á su historia. Algunos echaron de ver que no hizo comentario alguno sobre la catástrofe (1).

La opinión pública se mostró hostil á Taillade, por no haber subido al puente hasta el último momento y haber dejado que su segundo, Sarri, se las hubiese con la tempestad, y así, todo el mundo pensaba que se le iba á formar consejo de guerra; pero el Emperador se satisfizo con destituirle y nombrar en su lugar á un tal Chautard, ex piloto de la marina real, emigrado en 1793, que en 1798 mandó una división naval en el lago de Garda y había venido de Tolón un mes atrás. Era hombre muy fatigado, y al parecer, no muy apto para el cargo, pero el Emperador no tenía otro de quien disponer.

\* \* \*

¿Qué «esperanza en mejores días» era la de que hablaba Bertrand? Nadie lo sabía, y, sin embargo, se respiraba en el ambiente, to-

(1) PONS DE L'H., p. 354 y siguientes; *Registro de la isla de Elba*, p. 4 y 5, nota; VINCENT, p. 223; MARCHAND, p. 149 y 150.

dos sentían su necesidad y lo insostenible de la situación, cuya persistencia era imposible. Penuria económica, desmoralización de las tropas, temores, zozobras continuas de raptó y de asesinato. Nada, en efecto, podía ser peor que la prolongación de aquella existencia de día en día. Algo iba á suceder. Era inevitable. Todo el mundo hablaba de ello. Pero, ¿qué?

¿Vendría Murat á recibir al Emperador en Toscana ó iría el Emperador á reunirse con él en Nápoles, á fin de proclamarse allí con su apoyo rey de Italia? Opresa la Península por la tiranía austriaca, está pronta á sublevarse. El Milanésado, el Piamonte, parte de la Liguria, Módena, las Legaciones, las Marcas, el Véneto, parte de Toscana y toda la Romaña, tan sólo aguardaban su desembarco para brindarle un ejército de 100.000 hombres y los correspondientes subsidios. Únicamente las ciudades marítimas, algunos clérigos y los sexagenarios se le muestran hostiles. ¿Acaso intentará Massena pronunciarse á su favor y facilitarle la entrada directa en Francia, en donde «se sopla secretamente el fuego para que se encienda», en donde el partido revolucionario y todos los descontentos anhelan la vuelta del Emperador, en donde la mayor parte de los oficiales han jurado no desenvainar la espada sino para restablecerlo en el trono? Dícese que Massena dispone en Tolón de 10.000 hombres y 18 navíos, y que ha enarbolado la bandera tricolor junto á la de Elba al grito de: «¡Viva la República! ¡Viva Napoleón!» Bastará el sombrero de S. M., puesto en la punta de un palo hincado en la orilla, para atraer á Francia entera. ¿Vendría á libertarle María Luisa, á pesar de Austria, ó con su complicidad? La correspondencia clandestina que seguía sosteniendo con su marido, daba esperanzas de conocer el plan que ella meditaba. ¿Sería Inglaterra, cuyos actos transparentaban cierta simpatía, quien favoreciese la fuga del Emperador? Esta avarienta nación se ha enemistado con los Borbones por cuestiones de intereses. ¿Iría á Córcega, que arde en revueltas? En un solo motín han muerto más de cien soldados. ¿Promoverá la guerra el Sultán de Turquía, á quien inquieta el creciente poderío de Rusia, y con quien se han visto emisarios despachados en secreto á Constantinopla? El Sultán atacaría á los aliados por la espalda, mientras el Emperador marcharía por Italia y el Rhin hacia Maguncia y Flandes. Cualquiera que sea el medio escogido, los

judíos proporcionarán el dinero necesario, con la condición de resarcirse á pingüe interés luego de la restauración imperial (1).

Todo esto se susurraba en calles y cafés de Porto-Ferraio, en los cuarteles y cuerpos de guardia, entre el griterío de las voces y el humo de las pipas, con palmadas en los hombros y puñetazos en las mesas. Se discutían aquellos planes y se apuntaban otros, aún más extravagantes. Un cabo marsellés, de apodo *el Letrado*, decía á sus camaradas que el Emperador los embarcaba para Malta, á fin de llegar á Egipto, aprovisionarse y caer sobre Europa en la desembocadura del Danubio. «Los húngaros nos esperan para sublevarse contra los austriacos, porque Austria y Hungría son como el agua y el fuego. Nuestro ejército engruesa y remontamos el Danubio. De Varsovia nos sale al encuentro un ejército polaco. De la capital de Austria á la nuestra sabemos el camino á ciegas. Estamos de vuelta en París. Los de las Tullerías se escapan y los parisienses gritan:—¡Viva el Emperador!» Todas las conversaciones recaían sobre la partida. Cada día de demora era un desaliento (2).

¡La partida! El único que no hablaba de ella era el propio interesado. Ni en su conducta, ni en sus palabras, ni en sus disposiciones, que propendían todas á precaver la defensa y ninguna á planes de marcha, se transparentaba su pensamiento. Por el contrario, repetía con todas sus fuerzas: «El Emperador ha muerto. He muerto. Nada soy ya.» Decía á Campbell: «Pueden interceptar mi correspondencia y detener é interrogar á los sospechosos, que nada encontrarán contra mí. Por lo que toca á Murat, nada hace sin permiso de Austria, y hace bien, pues, de lo contrario, labraría su ruina. Si quieren asesinar-me, yo mismo presentaré el pecho al puñal.» A los patriotas italianos que van á verle, les dice que «no quiere intrigas», y los manda á San Martino, para que admiren sus seis vacas de leche y sus dos becerros, y lean la inscripción de la sala de las Pirámides: *Napoleón es feliz en todas partes*. En Porto-Longone les enseña su mirador, suspendido sobre las olas, semejante á una celda de ermitaño, apodado por el pueblo: «el reducto de Sócrates». A los franceses les pregunta «qué desean

(1) MARCHAND, p. 111, 112, 118, 120, 123, 130, 132, 133, 135, 136, 144, 146, 147, 148, 149, 155, 159 y 161.

(2) PONS DE L'H., p. 369; MARCHAND, p. 145.

de él, puesto que tienen otro soberano y su deber es obedecerle». Y al recibir las cartas en que le describen la situación del reino y el anhelo que sus antiguos súbditos sienten de que vuelva á gobernarles, las lee delante de todos y exclama: «Si tanto me quieren, que vengan á buscarme» (1).

Al acercarse la primavera, ordenó el Emperador que se reanudasen los trabajos de vialidad de la isla y las obras de San Martino, interrumpidas durante aquel invierno. Delante de los cuarteles mandó plantar arriates de césped, y 600 moreras en las márgenes de las carreteras de San Martino y del fuerte del Halcón, con propósito de que dentro de algunos años sirvieran para la cría de gusanos de seda. Por entonces se aficionó el Emperador á la botánica, y con el herbario bajo el brazo, leía: *La casa rústica*, su obra favorita de agronomía; y para dar aplicación práctica á sus estudios teóricos, recorre la isla con su escolta, montado en una mula, habla con los labriegos de «coles, rábanos y cebollas», les enseña cómo se las han de arreglar para obtener buenos rábanos y lechugas, y no tiene reparo en empuñar el arado para abrir un surco. En las cabañas encomia las excelencias de una hortaliza desconocida en la isla, una especie de tubérculo que llama *parmentieras*, y que nosotros llamamos patatas (2).

Una vez puesta Pianosa en situación defensiva, renovó el Emperador su proyecto de colonizar aquel islote de cinco leguas de contorno bajo las líneas siguientes:

«Reconstitución de los viñedos y cultivo del olivo.

»Plantación de moreras en donde fuere posible, obligando á los propietarios á deslindar con este árbol sus posesiones.

»Arboles frutales en el mayor número posible, especialmente los de fruto con pepita y frutos rojos.

»Preferencia por los campos de trigo.

(1) CAMPBELL, p. 93, 151, 172, 184 y 209; LARABIT, p. 64; PEYRUSSE (*Apendice*), p. 144; DURAND, p. 253; FLEURY DE CHABOULON, p. 105; MARCHAND, p. 134; PONS DE L'H., p. 351.

(2) *Registro de la isla de Elba*, núm. 163; MARCHAND, p. 152; *La isla de Elba y los Cien Dias*, p. 12; PONS DE L'H., p. 280, 290 y 291. — En la quinta de Mario Foresi, en la Acona, no lejos del cabo de la Estrella, se lee esta inscripción: *Napoleón,— al pasar por aquí en MDCCCXIV,— tomó de un campo vecino el arado de un labrador — y probó de labrar él mismo;— pero los bueyes, rebeldes á tales manos,— que no obstante habían dominado á Europa,— se escaparon del surco.* — «El Emperador guiando el arado,» dibujo de Charlet, representa una escena idéntica, en Santa Elena. (Véase *Memorial*, 30 Diciembre 1815.)

- »Remonta de caballos.
- »Granja para la educación de animales domésticos.
- »Prohibir la introducción de animales dañinos en la isla (1).
- »Ganado lanar.

»Plantación de pinos y de un bosque de encinas, cuya simiente se adquiriría en la Selva Negra.»

No habría terreno perdido, y una parte de la isla se destinaría á retiro de los elbenses envejecidos en el servicio de la patria, que, como en San Martino, acabarían sus días apaciblemente en los goces de la jardinería (2).

Por de pronto, obtuvieron terrenos un sargento, un carabiniero, un cazador y un polaco. A los veteranos que prefirieron terrenos en la isla de Elba y no habían participado de las distribuciones anteriores, se les concedieron parcelas en los alrededores de Porto-Ferraio. El mismo Emperador les alentaba á cultivar flores y hortalizas. A los oficiales se les donó el terreno á perpetuidad, con objeto de que estuvieran absolutamente seguros de que sus labores «les aprovecharían á ellos y á sus hijos» (3).

Para diversión personal, y á fin de proporcionarse sin fatiga los placeres cinegéticos, mandó el Emperador cercar el cabo de la Estrella con un muro de piedras y un foso, encerrando en aquel recinto todas las liebres y conejos de la isla. Tres perros de presa para la caza del jabalí, y seis lebreles, constituyeron la jauría, al cuidado de un montero y dos ó tres bocineros. Para subvenir á estos gastos se aumentaron cien francos mensuales en el presupuesto de 1815 (4). Además, estaba el Emperador en tratos para comprar una casa plegable de madera, compuesta de cinco aposentos, que podía montarse en dos horas y desmontarse en una, inventada por un ingeniero lionés, recién llegado á Porto-Ferraio. Con esta habitación portátil pensaba Napoleón

(1) PONS DE L'H., p. 305. Por animales dañinos entendía el Emperador los jabalíes, zorros y cabras, á causa de los perjuicios que ocasionaban en los plantíos.

(2) PONS DE L'H., p. 306.

(3) *Registro de la isla de Elba*, núm. 181; *Correspondencia imperial*, 21.610 y 21.650; LABADIE, p. 54; PONS DE L'H., p. 380.

(4) *Correspondencia imperial*, 21.640 y 21.668; *Registro de la isla de Elba*, núm. 78; PONS DE L'H., p. 257; LABADIE, p. 52.— El cabo de la Estrella está situado en la costa meridional de la isla, entre Capoliveri y Campo. Es una lengua de tierra de dos kilómetros y medio de largo por poco menos de uno de ancho.

acomodarse á su arbitrio en cualquier punto de la isla, aunque fuese en los agudos picos de Volterraio.

Las personas formales no se dejaban influir por la imaginación del vulgo, que afirmaba la inminente partida. Ni Bertrand ni Drouot la juzgan probable; y este último, alentado por el mismo Emperador, proyecta casarse con una distinguida señorita elbense, prendada de su gloria militar y de su virtuosa conducta. Otros matrimonios se han realizado ya ó están á punto de concertarse (1).

Los carceleros del Emperador, los espías que vigilan todos sus actos, no saben qué pensar, pues cuanto presencian contradice los rumores públicos. Tan pronto se alborota Campbell como se tranquiliza. Cuanto más cuidadosamente observa al Emperador, más decaído le ve al nivel de la generalidad de los hombres, y menos se le aparece en favorable aspecto. Es una reputación gastada y le considera «completamente resignado». Las connivencias con Murat son para Campbell pura fábula, y todas las alarmas «provienen de que el Emperador ha enviado á Civitavecchia, para venderlos, unos cuantos cañones inservibles». El *Mercader de aceites* escribe por su parte: «Muchas cosas dan apariencias de verosimilitud á los rumores de próxima partida. Sin embargo, preciso es tener en cuenta las obras públicas ordenadas por el Emperador y las plantaciones á que se dedican los soldados y oficiales de la Guardia en los terrenos que S. M. les ha dado. Ante tal espectáculo, es más lógico pensar en una instalación que en una marcha.» ¿Cómo sospechar que aquel jardinero ejemplarísimo, sembrador de bellotas, no se considere huésped vitalicio de la isla de Elba? Todos sus anhelos se contraen á que en paz se le deje allí trasquilar ovejas y escopetear conejos.

Hablando cierto día con Campbell, le dijo, sin apartar los ojos de su interlocutor: «Sé que me llaman, que el descontento cunde en Italia, y en la misma Alemania, no pueden Wurtemberg y Baviera disimular su inquietud. En Francia, Luis XVIII y sus ministros han desconocido el carácter nacional. Cartas de París me informan de que los franceses lamentan vivamente su actual humillación. Los Borbones tienen escaso partido, y tan sólo podría salvarles una guerra que

(1) *Registro de la isla de Elba*, núm. 118 y 139; PONS DE L'H., p. 171 y 174.